



BOLETÍN
LETRAHERIDOS
Febrero 2020

 Organizador: **Juan Pablo Fuentes**

Cuchitril literario

www.liblit.com

 Maquetador: **Sergio Bonavida Ponce**

Publicatú

www.facebook.com/plataformapublicatu

 Ilustración portada: **Rita Muñoz**

Instagram

[@ritixart](https://www.instagram.com/ritixart)

 Especiales gracias a **Calàbria 66.**

Espacio vecinal para actividades culturales.

<http://www.calabria66.net/>

El boletín *letraheridos* es una publicación sin ánimo de lucro. La lectura de esta publicación es responsabilidad exclusiva de cada lector. Los creadores del boletín no se hacen responsables de los textos enviados. Cada autor asegura que los textos enviados son de su autoría y expresan únicamente sus fantasías y opiniones. La lista de libros recomendados y los nombres de autores puede contener errores.

© Boletín *letraheridos* 2018

PRÓLOGO

Empezamos a organizar los encuentros de letraheridos con varias ideas en mente.

Una, poder hablar de libros y literatura alejados del esquema clásico del club de lectura, que obliga muchas veces a leer libros que no nos gustan. Al escuchar varias recomendaciones uno puede elegir aquella que le llame más la atención, tener un abanico más amplio en el que escoger y charlar sobre autores que se hayan leído en común.

La **segunda** era crear la obligación de escribir un relato para cada encuentro. La única manera de mejorar en algo es practicándolo y con frecuencia tenemos las ideas pero no la motivación para sentarnos a escribirlas. En el transcurso de los dos años que llevamos en marcha se han leído muchos cuentos y doy fe de que cada vez son mejores.

Una **tercera** motivación era propiciar un encuentro entre personas a las que les gusta leer y otras a las que les gusta escribir, que suelen coincidir pero no siempre. Los escritores tenían un público, los lectores cuentos en primicia y se rompen las barreras entre creador y receptor.

Debo confesar que, con el paso del tiempo, lo mejor de estas reuniones ha sido lo que no teníamos previsto desde el principio. La creación de un grupo de amigos con los que tener una agradable charla y que se han convertido, al menos en mi caso, en la principal razón para no faltar ni un sábado.

Gracias a todos los que hacéis posible letraheridos.

Juan Pablo Fuentes

HERINDÍCETRA

PRÓLOGO	3
HERINDÍCETRA.....	5
LECTURAS.....	7
4 de enero de 2020	8
18 de enero de 2020	10
2 de febrero de 2020.....	12
15 de febrero de 2020	14
29 de febrero de 2020	17
TEXTOS.....	19
Rita de la Torre	20
El ángel caído	20
Lanuit.....	23
Ajedrez.....	23
Montse González de Diego	26
Tardes de jabón	26
Mónica Arias Llorens.....	28
Años de juventud	28
El brillo de la luna.....	33
La sombra del destino	37
Las espinas de las rosas.....	42
S. Bonavida Ponce.....	48
Miedo virtual	48
EVÉNTRIDOS	56
10-enero-2020	57
14-enero-2020	58

18-enero-2020	59
22-enero-2020	60
3-febrero-2020.....	61
4-febrero-2020.....	62
6-febrero-2020.....	63
7-febrero-2020.....	64
15-febrero-2020	65
16-febrero-2020.....	66
ESTADÍSTICAS DE LAS LECTURAS	67
Autores por nacionalidad	68
Libros recomendados por década	69
Recomendaciones por sesión	70
Cantidad libros según sus páginas.....	71
Colofón estadístico (no ficción).....	72

LECTURAS

4 de enero de 2020

📖 «La matemática de la historia. Alexandre Deulofeu o el pensador global»

de Juli Gutiérrez Deulofeu

📖 «Viaje al final de la noche»

de Gustave Celine

📖 «Destino desconocido»

de Agatha Christie

📖 «El complot de los desnortados»

de Joan Ferran Serafini

📖 «Terapia»

de David Lodge

📖 «Antología letraheridos»

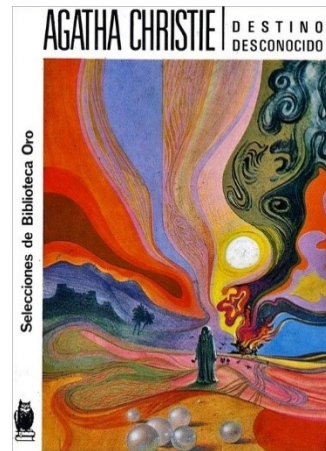
de Letraheridos

📖 «Harry Potter y la piedra filosofal»

de J.K. Rowling

📖 «Hablemos de langostas»

de David Foster Wallace



▣ «El día que vendrá»

de Rhidian Brook

▣ «La cantera de Cezanne»

de Barbara Corrado Pope

▣ «Una lengua muy muy larga: más
de cien historias curiosas sobre el
español»

de Lola Pons Rodríguez

▣ «Uso de la mágica»

de Benito Jerónimo Feijó

18 de enero de 2020

- 📖 «Cabal»
de Clive Barker
- 📖 «Un pueblo traicionado: españa de 1876 a nuestros días»
de Paul Preston
- 📖 «Gran ocell de silenci»
de Africa Ragel
- 📖 «Salvage the Bones»
de Jesmyn Ward
- 📖 «Aprender a hablar con las plantas»
de Marta Orriols
- 📖 «minimal»
de Shuntaro Tanikawa
- 📖 «Por qué debe cesar el genocidio de animales»
de Vernon Coleman
- 📖 «El nombre del viento»
de Patrick Rothfuss
- 📖 «La belleza y el dolor de la batalla»
de Peter Englund

📖 «La montaña mágica»
de Thomas Mann

📖 «La más grande historia
jamás contada»
de Lawrence M. Krauss

📖 «Mujeres que matan»
de Alberto Barrera Tyszka

📖 «El aliento de los
dioses»

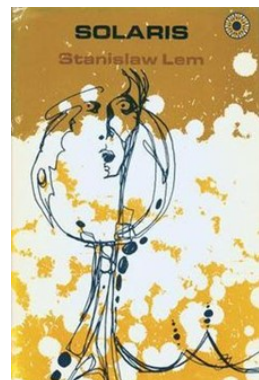
de Brandon Sanderson

📖 «La casa de la magnolia»
de Francisco Cels

📖 «Bandoler»
de Margarida Aritzeta

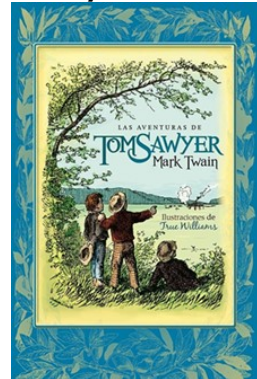
📖 «Solaris»
de Stanislaw Lem

📖 «It»
de Stephen King



2 de febrero de 2020

- 📖 «Todos los nombres»
de José Saramago
- 📖 «Las aventuras de Tom Sawyer»
de Mark Twain
- 📖 «Nosotros»
de Yevgeny Zamyatin
- 📖 «El dolor»
de Marguerite Duras
- 📖 «El tatuador de
Auschwitz»
de Heather Morris
- 📖 «De lo que no se puede hablar»
de Ángel Barahona Plaza
- 📖 «Martin Eden»
de Jack London
- 📖 «Relatos de Kolimá»
de Varlam Shalamov
- 📖 «Dialogo con el inconsciente:
Antonio Machado»
de Antoni Pascual Piqu



📖 «Hace tiempo que vengo al taller y no sé a lo que vengo»

de Jorge de Cascante

📖 «Esperando a los bárbaros»

de J.M. Coetzee

📖 «Memorias del subsuelo»

de Fyodor Dostoyevsky

📖 «Callisto»

de Torsten Krol

📖 «Music-hall!»

de Gaétan Soucy

📖 «Cabaret Pompeya»

de Andreu Martín

📖 «¿Demasiado inteligente para ser feliz?»

de Jeanne Slaud-Facchin

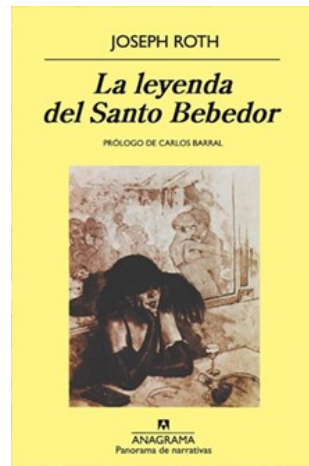


15 de febrero de 2020

- ▣ «Paracuellos»
de Carlos Giménez
- ▣ «El solar»
de Alfonso López
- ▣ «La séptima
función del
lenguaje»
de Laurent Binet
- ▣ «Wilt»
de Tom Sharpe
- ▣ «El blues de la semana más negra»
de Andreu Martín
- ▣ «Pedro Páramo»
de Juan Rulfo
- ▣ «Pedro Páramo / El Llano en
llamas»
de Juan Rulfo
- ▣ «El llano en llamas»
de Juan Rulfo
- ▣ «La Huella Perenne»
de Francisco Herrera Luque



- 📖 «El médico»
de Noah Gordon
- 📖 «El caminante»
de Hermann Hesse
- 📖 «El abanico de Lady Windermere»
de Oscar Wilde
- 📖 «Middlesex»
de Jeffrey Eugenides
- 📖 «Historias de amor extremo»
de Guy de Maupassant
- 📖 «La noche del oráculo»
de Paul Auster
- 📖 «Lectura fácil»
de Cristina Morales
- 📖 «De Barcelona a la
Bretaña francesa
(memorias)»
de Luisa Carnés
- 📖 «La leyenda del
Santo Bebedor»
de Joseph Roth



📖 «Indomable. Cuadernos del fútbol africano»

de Alberto Edjogo-Owono

📖 «Los asquerosos»

de Santiago Lorenzo

📖 «Una semana de vacaciones»

de Christine Angot

📖 «Flores de un Momento» de Ko Un

📖 «El peso de la nieve»

de Christian Guay-Poliquin

📖 «Estados Unidos de Japón»

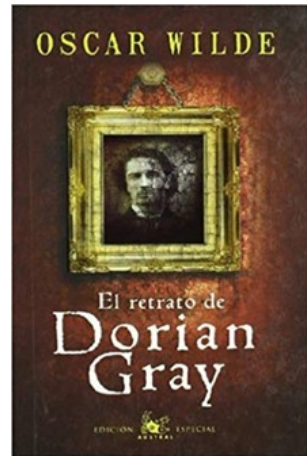
de Peter Tieryas

29 de febrero de 2020

- 📖 «Eureka: A Prose Poem»
de Edgar Allan Poe
- 📖 «Universo: la historia más grande
jamás contada»
de Gerardo Herrera Corral
- 📖 «Silencio Administrativo»
de Sara Mesa
- 📖 «Martes con mi viejo profesor»
de Mitch Albom
- 📖 «El sol y sus flores»
de Rupi Kaur
- 📖 «El lecho de
Procusto»
de Nassim Nicholas
Taleb
- 📖 «Si una noche de
invierno un viajero»
de Italo Calvino
- 📖 «Olga Orozco:
Selected Poems»
de Olga Orozco



- ▣ «El retrato de Dorian Gray»
de Oscar Wilde
- ▣ «Trafalgar»
de Benito Pérez Galdós
- ▣ «El poder»
de Naomi Alderman
- ▣ «Criadas y señoras»
de Kathryn Stockett
- ▣ «Días, Meses, Años»
de Yan Lianke
- ▣ «La máquina del tiempo»
de H.G. Wells
- ▣ «El talento de Mr. Ripley»
de Patricia Highsmith
- ▣ «Tokio blues. (Norwegian Wood)»
de Haruki Murakami



TEXTOS

Rita de la Torre

El ángel caído

—Mamá Natalia, pero... ¿qué es un Ángel Caído? —preguntaba Amelia con sus grandes ojos negros abiertos de par en par.

Y la abuelita, con suma paciencia respondió:

—Un Ángel Caído es aquella persona que ha perdido su luz, sumiéndose en la oscuridad más profunda.

—No entiendo, mamá Natalia. ¿Qué es eso de perder luz?

—Cariño, cuando nacemos todos tenemos una luz muy potente que nos guía como un faro, de esos que ves en la playa. Este faro está dentro de nuestro corazón. Por eso, los niños pequeños, generalmente tienen chispitas en la mirada. ¿Te has dado cuenta? La luz brota por allí.

—Luego, prosiguió la abuelita, muchas personas atraviesan circunstancias difíciles y en algunos casos esa luz se va atenuando cada vez más hasta incluso no mostrarse en

absoluto. Si dejas que eso suceda, te conviertes en uno.

—Pero... mamá Natalia, ¡yo no quiero ser como uno de ellos! Me gusta la mirada de los niños pequeñitos. ¿Qué hago?

—Mantén bonito y despejado tu corazón, cariño. El corazón es como una habitación donde están guardados los sueños, las ilusiones, las metas y los anhelos. Y esa luz los ilumina para que puedas seguirlos. Si lo llenas de basura o se lo prestas a los otros para que viertan allí lo suyo, tapiarás las ventanas que permiten asomarte a ver lo tuyo. Y además, la luz no se reflejará en esos ojos tan bellos que tienes.

—¿Y eso como se hace? —preguntó Amelia—. Debe ser difícil.

—Pues es como mantener una casa: limpieza y mantenimiento. Y muchas veces tendrás que reparar cosas o cambiarlas! Poco a poco, irás aprendiendo. Lo importante es que recuerdes que tu corazón es lo más importante.

—Gracias abuelita, buenas noches —le contestó Amelia mientras se disponía a dormir—. Te quiero.

—Y yo —le respondió la abuelita mientras la arropaba y apagaba la luz de la habitación.

Lanuit

Ajedrez

Mi vida ha cambiado en los últimos tiempos y ha cambiado para mejor. Estoy muy contenta. La muerte de mi madre ha servido para que pueda heredar dos pisos y dinero. El dinero ha servido para terminar de pagar la hipoteca de mi piso y los dos pisos están alquilados y me dan una renta mensual que me permite vivir sin trabajar. Hace dos meses dejé el trabajo. Ya no tengo que madrugar ni aguantar a clientes ni a compañeros de trabajo ni al gilipollas de mi jefe.

Puedo leer, puedo escribir, puedo mirar el Netflix y, en especial, puedo hacer lo que más me gusta que es jugar al ajedrez.

Además, mi ginecóloga me lo ha confirmado. Después de seis meses en los que no me ha bajado la regla debo estar tranquila. No estoy embarazada sino menopáusica. Tampoco tengo ningún tumor en los ovarios. Normal cuando se tienen 49 años. Se acabó el sufrir los domingos por la tarde con dolor de

cabeza y en todas las partes del cuerpo sin saber si la noche salvaje del sábado con alcohol y pastillas y amigos salidos tendría consecuencias embarazosas sin poder recordar quien era el coautor del desliz.

Ya no tendré hijos. Eso que me ahorro. Para tener como hijos a mis sobrinos prefiero no tenerlos. Mi sobrina es una pija que ha cambiado de carrera tres veces, que no le gusta nada de la sociedad pero cuando necesita dinero va a ver a mi hermana y consigue el dinero. Su hermano ni siquiera empezó la Universidad. Quería montar su propio negocio. Será el de los bares porque siempre está ahí. No sé qué beneficio consigue como no sea el que le saca a su madre con sonrisas y promesas. Han salido a mi cuñado que siempre ha sido un guaperas y un perfecto inútil aunque mi hermana está embobada con él desde los 18 años. La culpa siempre la tienen los que son de la otra rama de la familia. Sonrío.

Ahora podré disfrutar de mi sexo y de mi cuerpo de otra manera. No tengo pareja ni quiero tenerla. Mejor dicho. Mi pareja es el satisfyer. El placer que siento cuando lo utilizo a

solas en mi habitación supone un millar de escalofríos intensos y vertiginosos que recorren todo mi cuerpo desde el clítoris y me hace sentir viva y flotando al mismo tiempo.

El satisfacer lo utilizo después de comer, a la hora de la siesta, y al irme a la cama. Duermo mejor desde que lo utilizo.

Pero necesito a un hombre. De vez en cuando. No todos los días. Me encanta ver el brillo de sus ojos mezcla de sorpresa y de atracción cuando es la mujer la que toma la iniciativa. Me maravilla lo rápido que reacciona su pene haciendo crecer el bulto entre las piernas.

Como también necesito que sea inteligente los voy a escoger en el club de ajedrez. Ya he echado el ojo a algunos. Son jóvenes, son altos. Con ojos azules. De origen ruso o de alguna de las repúblicas exsoviéticas.

Montse González de Diego

Tardes de jabón

Siento la obligación de portarme bien, de ser hospitalaria con la visita que atraviesa la puerta y que viene hacia el comedor, donde espero de pie, sin reparar en si fue mi padre o mi madre quien abrió la puerta, pues sigo concentrada mirando hacia arriba. Distingo alrededor de ocho o diez piernas largas, delgadas y enfundadas en pantalones. Mi madre saluda con aprecio y yo identifico la alegría en su voz. No conozco a nadie, pero mi sensación no es la de saludar a extraños. Las voces se acercan y se intensifican, a medida que van pasando, y una barba larga desciende poco a poco, al tiempo que una mano en forma de pinzas se acerca hacia mí. Los dedos aprietan mi mejilla con tanta fuerza que me pregunto a quién trae mi padre a casa. Siento ganas de llorar, pero intuyo que sería inoportuno y me niego a llamar la atención del resto de invitados. Se me saltan las lágrimas, sin poder evitarlo, y no veo a mi madre, a

nadie que pueda auxiliarme. Me veo en el mundo. Sigo esperando a que el hombre me libere, preocupada de que interpreten el dolor físico como llanto quejoso, y oigo a mi opresor pronunciar palabras pretendidamente agradables, algo así como un saludo cariñoso.

No recuerdo qué otras cosas ocurren durante la tarde. Supongo que, en los minutos que hablan en el comedor, me siento sumamente desengañada respecto a la tarde que debí de augurar en algún momento, desde que supe de la reunión en casa. Ignoro qué hago de pie, pues soy demasiado pequeña para recibir tan formalmente a los compañeros de mi padre. No sé si mis hermanos pequeños han nacido, tampoco cuántos años tengo. Sí sé, en cambio, que cruzan la puerta de cristal, de color ámbar, adornada con relieves florales y que abre el pasillo, y que se pierden en la habitación del fondo, tras el inconfundible clic con el que cierra el pomo; pero es un recuerdo difuso, tal vez no fueran tantas personas, sólo dos, quizá menos, o una enorme pompa de jabón de límites definidos, pero que al tocarla se esfuma.

Mónica Arias Llorens

Años de juventud

Estados del alma en el que el crecimiento ralentiza. Estados en los que en una espiral parece que cualquier realidad solemne vaya a desvanecerse en la nada más cóncava. No importa de dónde vengamos, de donde procedamos, hacia donde vayamos. Solo queremos inyectarnos de una dosis de desenfreno, de ambiente bacanal para retener el tiempo y convertirlo en un aliado rebozado de diversión y una sensación de poderío desorbitante.

La juventud tiende a encapricharnos de todo lo que reluce en los alrededores; nos enamoramos y nos desengañamos casi al unísono. Como las teclas de un piano afinado, vamos tomando escalas que hacen subir y bajar por diferentes emociones que denotan una musicalidad versátil.

Componemos escenarios que resaltan la belleza más superflua, pero a la vez relevante para forjar una identidad que va madurando en

un tiempo remilgado. Nuestro cuerpo físico centra toda la atención en los chiquillos que se miran en el espejo para crear una fisonomía retocada por quilos de maquillaje en las mejillas, párpados, contornos labiales; También el pelo sufre cambios drásticos: montones de brillantina, tupés, planchados, alisados y permanentes tienen mucha importancia en una etapa en la que el mundo es jovial y desatendido de obligaciones de imperante cumplimiento.

Vestidos provocativos, estrechos, ceñidos al cuerpo, que causan una necesidad febril a despertar deseos vehementes. Algunos más holgados, pero con una pizca de sensualidad y erotismo disimulado para dibujar esos perímetros oblicuos que marcan la forma de una anatomía realzada por una belleza tierna, pueril, inocentona, nada resentida por los contratiempos de la madurez y los achaques de una vejez ineludibles.

Desengaños amorosos son la cumbre de las preocupaciones en una fase en la que experimentamos nuestro cuerpo como un instrumento de atracción recíproca. La inclinación sexual y los roces y acercamientos

afectuosos con el prójimo más accesible nos despierta aquel jugo de goce en nuestras células, que aún con el decurso de los años, recordamos como una hazaña sagaz y nada pecaminosa.

En esa adolescencia que aparece repentina con cambios hormonales que determinan nuestras relaciones interpersonales, nos acercamos a un terreno repleto de peligrosidad. Jugamos a ser los galardones de una tarima en la que desfilan muchos estilistas de moda, personalidades que, como figurines pintados de hojas de hojaldre, podemos desmelenar nuestro encanto portentoso, pero también desmenuzarnos y flagelarnos cuando el encuentro con el prójimo no es correspondido.

La frustración, siempre efímera, marca una trayectoria que nos arrastra como el flujo del agua en una corriente desbordada hacia un estado exasperado en el que a veces podemos visualizar nuestro cuerpo como un armazón, que ya ha perdido el sentido de conservar la brecha del deseo.

Nos amarramos a amores que no acaban de calar dentro de un charco, concentrado de litros de besos proyectados por una pasión

desenfrenada. Creemos que el amor se basa en la guapura de un envoltorio físico que luce piezas de ropa con un objetivo de seducción sugerente.

En esa adolescencia ficticia, la realidad no importa. El asentamiento de unas bases en las que la fidelidad, la nobleza y el solidarismo tengan cabida están prácticamente en desuso. No hay un planteamiento de formar un clan familiar atado por lazos enredados en una red tejida por el amor incondicional, nada postizo, nada adulterado.

Somos peces que buceamos en un mar en el que nos dejamos llevar por la presión del agua, descubriendo formas de vida de criaturas que posan galanteadas, diseñadas para prender, para fascinar, para embelesar y hacer que todos los sentidos se derritan con un amor que no se concibe como un haz de luz pasajero, transitorio, que va a vencer en cualquier momento.

Son años en los que ignoramos a nuestros maestros mentores y viajamos a bordo de un barco que nos arrastrará hacia una isla desierta y es allí, cuando empezaremos a sobrevivir, como náufragos sin rumbo, hacia diferentes

sucesivos planos, valiéndonos de nuestra propia inmadurez para encontrar aquellos frutos que nos vayan alimentando paso a paso hasta llegar a descubrir el verdadero sentido del valor, con todo lo que poseemos y da sentido a nuestro estado definitorio.

El brillo de la luna

De puntillas salgo al balcón; el frío glaseado de las baldosas provoca un tiritar en el que mi cuerpo se abalanza y mece con fuerza. El cielo, todo abrumado por mantillas de nubes que parecen aglomerarse para no dejar posar los astros milenarios, exhibe su atuendo con un despliego de luces destellantes.

Yo, con mi albornoz, no me atrevo a vestirme para recorrer el paseo marítimo. Una fecunda tentación parece quedar trabada en la garganta. Mi voz, admirada, por un éter postrado en un descanso vanaglorioso, me invita a salir. Las brumas son deslumbrantes, acaparadoras, ventilan cualquier indicio de claridad astronómica.

Una bienvenida inspiración casi me obliga a arroparme con unos pantalones de pana, medias de licra subidas hasta la cintura y un anorak de plumón, combinado con una bufanda de lana y unos guantes de cuero para hacer recorrido cerca del mar en la avenida que cruza la Barceloneta las torres Mafre de Barcelona. Me pregunto si mi corazonada tendrá alguna similitud con la realidad. La luna

parece reacia a dejar sobresalir en un cielo resfriado por una cosecha de nubarrones que entelan la visibilidad más apreciable.

El mar, muy bravo, va dejando evaporar la humedad acuosa en una atmosfera que no pretende despejar espacios luminosos. Mi parsimonia es sorprendente. En el metro mucha gente está cabizbaja, encorvada de pie esperando el turno para abandonar el andén. Otros parecen apesadumbrados, requemados por el ajetreo mundano de una vida que siempre invita a los porvenires más impredecibles. Y un tercer grupo, absorbido ante el círculo de contactos que manipula con sus manos frente a móviles que parecen hechizados, imantados de poder para los usuarios que los teclean.

Mi caso es distinto. Me siento renovada, con un aire que viaja en mis pulmones como una espiral rotativa, siempre renaciente y restablecedora. En estos momentos contactar con la brisa marina me produce revivir un recuerdo inconsciente que me traslada hacia mi época de cuna. La marea, con el agua que remolina, se revuelca, se contorsiona, y nunca perece ya que el regenerar es cíclico, me

recuerda a mi bautizo. Agua santiguada posa en mi cabeza para depurar cualquier lastre pecaminoso, cualquier toma de consciencia impura, una sarta de comportamientos sórdidos e inmundos, que ya jamás tendrán predominancia.

En el mar, apoyada en la barandilla de hierro forjado veo personas tumbadas con mantas acolchadas, forradas y impermeabilizadas que se recrean ante una noche remolona. Después de contemplarlo con su balanceo consagrado por una corriente que no concluye, miro al cielo en la lejanía de un horizonte difuminado por nubes que ya se baten en retirada, para dejar que la luna llena deslumbre su viveza transparente por una luz casi emanada de fábula.

En dicho instante, empiezo a comprender la interconexión que todos los seres establecemos con el medio geológico y medioambiental. Tenemos el poder de la mimetización y la oportunidad para dejar vislumbrar chispas de esperanza en nuestro entorno que no deberían erradicarse. La luna, con su potencial elegante que procede de una luz esplendorosa, va desfigurando en función

de la atmósfera taponada de nubes amorfas, pero se mantiene presente para que la marea siga fluyendo con su ciclo vital.

El agua es arrastrada por la fuerza de un calor lunar que baña la superficie marina y permite que la humedad pueda circular sin ningún obstáculo. Siempre caprichosa, siempre galante, siempre fiel a la ley de la naturaleza biológica, no pretende abandonarnos a la suerte.

Yo casi con los ojos empañados de salubridad lacrimosa, me siento regocijada y estremecida de goce por un astro que he podido contemplar en primer plano sin ningún ejercicio de planificación previo. Un regalo preciado que refuerza el acoplamiento con el cosmos y la posibilidad de darme cuenta de que su fuerza motriz está anexada al estado de ánimo que me precedía. Verla me hace sentir vigorosa. Agudizar la mirada hacia los cráteres y ver pequeños trazos a miles de kilómetros que se asemejan a rostros vivientes me hace percatarme de la creatividad latente que el universo que piso encierra sin contenciones.

La sombra del destino

Años de juventud que se inician con un gusto empalagoso en los labios de Anabela. Recorre callejuelas en una ciudad masacrada por un tránsito incesante. Su intención es asentar los cimientos para hacer posada en un lugar que no le recuerde los amargos sinsabores de un pasado salpicado por una amargura y un terror que embriagaban sus venas y entrañas. Ahora es hora de partir hacia nuevas líneas visibles, en las que una perspectiva mucho más prometedora pueda arrebatarse años de penurias y fatales infamias vividas sin demora.

Su sueño es poder hacer realidad un alojamiento en el seno de una familia humilde que le conceda cobijo y amparo. Una familia que no se mofe de su aparente fragilidad tan puntiaguda, tan afilada y sumamente socavada por un vacío que la corroe y la empuja a creer, que una salida de socorro no puede verse convertible.

El trayecto que recorre es arduo. Un templo de acogida inmaduro, cosechado de rencores, envidias y un afán de dominio

intransigente, no permiten que la muchacha pueda batirse en retirada cuando la noche asoma, con sus compuertas selladas, una oscuridad que invita al deleitante reposar.

En aquel lugar tétrico Anabela aprende a callar la voz del reclamo y la protesta. Una indefensión profunda se ensaña para velarla frente cualquier signo de reivindicación a su libertad, tan oprimida y enmarañada de recuerdos de un antaño caducado, pero a la vez vívido. Parece que un sinfín de oportunidades para escapar de una mazmorra singular que la increpa y amonesta por ser tan permisiva, se encuentra vigente. Ella puede crear, diseñar a partir de labores artesanales prendas de vestir con bordados, una eternidad de ilustrados colores y formas que no tienen desperdicio alguno. Son pequeñas obras de arte que ella confecciona y la ausentan de unas cadenas carcelarias sin una escapatoria inminente.

Muchos encuentros fortuitos con colegas del trabajo permiten a la mozueta tener una brecha para estrechar lazos que en la casa de acogida no tienen consumación alguna. Con su carácter, muy en el fondo extrovertido y de una

dulzura contagiosa puede percibir miradas cómplices, cercanas y conmiseras. Las personas del entorno desconocen su linaje ancestral; ignoran la procedencia de Anabela y en qué lugar está conviviendo episodios de calvario maximizado. Ella es prudente y cauta, pero en su fuero interno desea escapar de una prisión, en la que no encontrará jamás un torrente masivo de alicientes que reviertan la infelicidad que la corrompe.

En el podio de un auditorio, a veces acude para dejar expresar su cuerpo con bailes desenfrenados, el encanto coqueto y refinado que la enmascara. En el podio todos los acechados males de un clima malherido ya parecen sacudirse y dejar un barrido de toxicidad fuera del alcance más accesible.

Un hombre veinteañero la mira, la observa, la repasa con meticulosidad, sin perderse ningún resquicio que enmarca la anatomía de Anabela. Ella no se da cuenta, aunque un presentimiento ambiguo y controvertido la cizaña internamente. Los pasos son rápidos, ligeros, quieren converger en un local de luces destellantes y una multitud

enfrascada en risas, griterío, aplausos y aclamaciones intercaladas.

Quien iba a decir que dentro de un año Anabela pisaría un santuario que la convertiría en un manto empañado de lágrimas solidificadas; una mártir que no encontraría aquella libertad tan urgida por una trayectoria retrospectiva desoladora y penitente. La unión sacramental sería un oasis en el que la soledad más dilatada y el boicot impuesto por un cónyuge avinagrado y destinado a enterrar los placeres más mundanos, no tendrían enmienda.

Anabela, en el ahora, después de cincuenta años se lastima, se compadece, pero también aborrece la elección que, con sus garras, tan ciegamente la atrapó. Ahora ve el pecado desde el umbral de una puerta de la que, con su equipaje, podía haber huido. Frente a ella ve un túnel de reflejos penumbrosos que han cambiado su rumbo de vida. Aquella libertad que de niña anhelaba y creía que algún día hallaría quedó truncada por un deseo febril a buscar la felicidad en un hombre que se retractaría a poseerla y a gozarla sin reservas.

¡Que desdicha la mía! –se repite. “Algún día Dios me acogerá en sus brazos para cobijarme en un aposento etéreo donde beba agua bendita y pueda redimir mi alma ante un cúmulo de errores cometidos por una vida mediocre”. Algún día veré la luz del alba en un plano celestial en el que el caudal del tormento ya no me atentará en demasía. Espero tener aquella libertad robada que de niña imploraba con frenesí”.

Las espinas de las rosas

La noche contiene un embrujo que expone a las almas en vigilia a abandonar la conciliación de un sueño reparador. Locales nocturnos sirven deliciosos cócteles a los clientes mientras éstos se estremecen de disfrute viendo en las pasarelas artistas que muestran su cuerpo desnudo y flácido. Luces sicodélicas y fosforitas provocan un efecto cegador que no pasa desapercibido. Elizabeth lo sabe. Ella ha trabajado durante quince años como dama de compañía en un burdel cerca de la zona del Raval.

Una niñez turbulenta y una adolescencia arremolinada de surcos que no consentían una estabilidad familiar, la impulsaron a abandonar el hogar a los diecisiete años. Desde aquel entonces, en la época en la que la dictadura estaba en pleno apogeo, se veía con ojos inquisidores que alguien de complexión femenina tuviera que ganarse el pan, exponiendo los órganos frente a espectadores ávidos por descubrir la apetencia lasciva usando como medio el contacto visual.

Ella retraída, acomplejada y desesperada por una situación personal calamitosa, charlaba con cuarentones y en dinero negro, con la ayuda de un mánager guardaespaldas que la contrataba de manera ilegal a horas convenidas, podía sustentar a cuatro hijos huérfanos de padre.

El marido la maltrataba y gozaba obligándola a tomar roce con las sábanas más enrolladas, a una relación enfermiza y contagiada por un abuso a la intimidad y la honra. Ella mascullaba palabras de odio, de ira incendiada, de repudio hacia un marido que le imponía el deber de procrear, ajeno a la voluntad de una mujer que no se veía capaz de afrontar el instinto maternal ni educar zagales en pleno desarrollo y crecimiento.

Los gritos de medianoche no soplaban un estruendo masivo de fonemas; las palabras no podían articularse ni pronunciarse. Cada noche espeluznante tenía un color de mercurio, demacrado, amoratado por acosos que ya no podían denunciarse.

Una época dictatorial y patriarcal era la raíz hegemónica que no permitía las mujeres imponer su criterio en una sociedad

descompensada en igualdad de derechos y condiciones.

Elizabeth muchos días huía. Intentaba hablar con primas que vivían cerca del Raval. Allí, mientras el cónyuge trabajaba como asesor financiero en una sucursal del banco popular, ella se explayaba y desconectaba con mujercitas que llevaban de carabina a las madres o alguna figura de autoridad superior.

Después de replantearse la opción de una separación informal, su marido enfermó y murió de tuberculosis. Ella parecía sulfurar de júbilo; una alegría incontenible brotaba por unas arterias que parecía tenía disecadas, casi gélidas.

La situación económica presentaba una precariedad que debía afrontar prontamente. Su prima Aurora le habló de un local cerca de la Paloma que podía visitar. Aurora conocía el gerente y muy pronto, después de una entrevista rápida, le ofrecería un empleo no declarado, en el que debería tratar de contentar y saciar las peticiones de clientes sedientos por consumir un deseo carnal.

Allí comenzó el mayor de los altercados. Ella ya tenía cuatro retoños que mantener.

Pedir limosna, viajar en el metro cantando, bailando o posando en las Ramblas como una marioneta o una maniquí sin rostro ni figura no la convencían ni la ayudaban a recaudar unas monedas extra, para suplir las carencias tan febriles de una familia fragmentada.

Los clientes asomaban el olfato para poder intercambiar placeres superficiales, aunque ella casi siempre se encontraba con hombres que vivían en míseras circunstancias. Viudos, solterones empedernidos, casados adúlteros, mujeriegos consagrados, degenerados sexuales entraban en hilera mientras veían cómo Elizabeth con un sujetador de lentejuelas y un tanga, bailaba colgada de una barra metálica en un estrado circular.

Muchos billetes eran depositados a lo largo de las actuaciones de la noche. Ella sufría en silencio. Sentía su corazón desacompasado, marcado por un latir que ya no se prestaba rítmico, sintonizado ante el mundo que pisaba.

La mayoría de los caballeros la solicitaban para poder desahogarse y arrojar con palabras de apenamiento una vida llena de fisuras, grietas y perforaciones no rebozadas de

satisfacción. Otros para proceder a la cópula mecanizada y ejecutada con frivolidad.

Cuando tomaba contacto con la almohada, Elizabeth era un bálsamo de confesiones clandestinas que ella utilizaba para golpear su terrible descontento frente a un mundo que no defendía ni mucho menos compartía.

El silencio la acogía y escuchaba como algún hombre había querido insinuarle una relación de noviazgo. Ella siempre negaba la posibilidad de un nuevo hallazgo sentimental. El romanticismo y el amor platónico habían quedado volcados en un terreno barrancoso que no tenía intención de recuperar. Tantos años de entierro en un hogar muy comparable a una tumba llena de tinieblas embalsamadas, escarmentaron a la muchacha y la endurecieron, no permitiendo nuevas esencias florales, de aromas fragantes, cosechados por relaciones respetuosas, complacientes y fidedignas.

S. Bonavida Ponce

Miedo virtual

Tengo vértigo. No es algo particular ni único. Recuerdo el momento exacto de su adquisición. Tenía menos de diez años. Mis tías de Venezuela venían a casa de vacaciones. Un día, mi padre decidió invitarlas a la Sagrada Familia mientras mi madre nos esperaba fuera del recinto y alegaba que no le gustaban las vistas desde arriba. Así que mi padre, mis dos tías y yo, ascendimos por el ascensor. Recuerdo el enrejado circular de la cabina, un espacio amplio y, si mi memoria infantil no me engaña, diría que la ascensión la formábamos una treintena de personas hacinadas en aquel ataúd cilíndrico. Para cuando llegamos al límite vertical de ascensión, dispuesto por la limitación del edificio, nos apeamos. Quedaban unas tortuosas escaleras de caracol hasta el puente más alto, el que une la torre central con la más alta.

Llegamos. «Mira abajo», señaló mi padre con mis dos tías al lado y le hice caso. La

perspectiva disminuida de las cosas, las diminutas personas eran pequeños puntos huidizos, los coches de juguete circulaban como controlados por una precisión mecánica por el asfalto, el desconocido terrado naranja de las casas, las copas de los pinos recreaciones en miniatura de los verdaderos árboles, vuelos de pájaros similares a amebas, un parque con un minúsculo lago. Demasiado... demasiado extraño, confuso, perturbador. Mi visión se convirtió en una imagen borrosa y cerré los ojos. Me acudillé en el puente. Ya no pude mirar abajo. En ese momento descubrí que tenía vértigo. No hace falta narrar el penoso descenso, pegado a la escalera de caracol viendo a través de los estrechos ventanales el delirio de mi mareo.

Hace poco, mi gran amigo Henry se compró un sistema de realidad virtual y me mandó unos vídeos por guatsap. Por las indicaciones en el vídeo, el sistema se componía de un casco con lentes y unos mandos para las manos. Un cable conectaba el casco a la potente tarjeta gráfica de su ordenador y esta, a la par, enviaba la señal de los mundos renderizados a las gafas y al

monitor del ordenador. Gracias a ese truco podía grabar lo que veía y, al estilo de los Gamers de Youtube, enviar la grabación a quien quisiera. En el vídeo, una demo introductoria de las posibilidades del sistema, había un espacio de baldosas infinitas —estilo Matrix— y delante de él un menú flotante con distintas opciones. Todo muy impresionante. La demo servía para introducir al usuario con los controles visuales y, sobre todo, con los táctiles. El casco se le acoplaba al cráneo y le tapaba los ojos, y en cada mano un mando.

La primera escena. Un planeta extraño con una sobrecogedora luna gigante en el firmamento y el extraterrestre de turno saludándole. Impresionante. Los detalles trazados sobre el renderizado mundo eran exquisitos. El movimiento enfrente de él una gozada, el ser de piel aceitunada y viscosa le miraba con sus grandes ojos. Parecía tan asustado como su interlocutor.

La segunda escena. Una caravana futurista y un robot pequeño, volador y de mirada amigable, le enseñaron las capacidades de los controles táctiles. Recoger objetos, lanzarlos, apuntar, disparar, apretar.

En la siguiente demo la visión se apareció abruptamente desde lo alto de un rascacielos. El escenario recordaba a una ciudad de corte steampunk. Mi amigo soltó un: Ostia. No era para menos. Se encontraba a centenares de metros del suelo. Él también tiene vértigo. A pesar de la seguridad que me ofrecía el visionado del vídeo desde mi cómodo sofá, intuí el peligro en la altura, el vértigo causado por la increíble recreación de la perspectiva, los inmensos rascacielos recortados por la tenue luz del anochecer, un puente, similar al de Brooklyn, y coches de juguete transitando por él, a la izquierda un tranvía avanzando por unos raíles suspendidos del suelo por columnas de acero y la visión del lejano asfalto, solo intuido metros más abajo. La visión me recordaba a la Sagrada Familia. Henry acabó el vídeo con: «Un día me visitas y te enseño la realidad virtual. Es la caña, amigo». Me quedé pensando en esa altura. No es para tanto. No es real.

Su experiencia me recordó a una de las primeras exhibiciones de cine de los hermanos Lumière. Un tren acercándose a la estación y, leyenda o no —seguro que personas

impresionables hay en todos los tiempos y lugares—, algunos espectadores se asustaron y causaron algún revuelo. ¿Cómo no se iban a asustar si era la primera vez que experimentaban ser arrollados por un tren? Pensé en ese símil, en esa primera visualización y en esta recién nacida realidad virtual. Estamos en los inicios de la virtualidad y, al igual que nuestros coetáneos del siglo XIX, nos asustamos por la falta de experiencias previas, por ser, para nosotros, demasiado novedoso el sistema. Nuestros futuros coetáneos, del siglo XXI, pensarán que nadie de nuestra generación se asustó al ver la realidad virtual por primera vez, pero errarán, igual que nosotros lo hacemos con los espectadores decimonónicos.

Mi amigo y yo concertamos una quedada para un día de febrero. Compré el billete de tren y bajé hasta su casa. Tomamos unos vermouths, comimos y pasamos a su Sancta Santorum. En la sala me esperaban el potente ordenador de sobremesa con la tarjeta gráfica de última generación, el casco con gafas incrustadas y los dos controles táctiles. Me acopló el casco en la cabeza fijándomelo con una tuerca, me puso los mandos en las manos

y activó la demo, la misma que días atrás me había pasado en vídeo.

No es lo mismo narrarlo que verlo. La realidad virtual es una experiencia vital que es imposible reproducir por ningún medio: visual, narrado o escrito. Es imposible porque ninguna descripción o vídeo consigue el honor de la experiencia en primera persona. Para entenderla solo es posible vivirla.

Mi amigo activó el sistema.

La sala de baldosas infinitas apareció ante mí. Impresionaba, pero no asustaba. Después vino el extraterrestre. Ver el paisaje de ciencia ficción con la inmensa luna y el suelo extraño bajo mis pies me emocionó. Estaba en otro mundo. Después jugué con el robot en la caravana y me acostumbré a los mandos. «Ahora te pongo los rascacielos, amigo. No te asustes». Esa advertencia me confirmaba que mi amigo era consciente de mi mal de alturas. Tenía su vídeo grabado en mi mente. Cada detalle. No me iba a impresionar. No era real.

Fundido a negro, un escaso silencio de carga y... allí estaba.

El sonido del viento a gran altura y los ruidos de una inmensa urbe me rodeaban.

Suspendido en una viga de hierro, con una barandilla a mi derecha, miraba los altísimos rascacielos enfrente de mí. Se me aceleró el corazón. No era real, pero fue asomarme al vacío y cualquier vislumbre de irrealidad desapareció. Cerré los ojos. Temblé. «¿Estás bien, amigo?». Insistió Henry. Le respondí que había cerrado los ojos. «¿Lo quito?». No, aún no. Volví a abrir los ojos. El inmenso paisaje urbano, una ciudad con rascacielos de los '50, acero y piedra, miles de alargados ventanales incrustados en el edificio. Inspiré, no osaba apartar la mirada del refugio seguro que era el rascacielos y que me servía de guía para no mirar abajo. Empecé a sudar. Meforcé a asomar la cabeza, un ligero movimiento que el sistema detectó. Apenas incliné la cabeza a un lado del andamio, y, al igual que en la Sagrada Familia hace años, mi visión se difuminó. Intenté apoyarme en la barandilla de mi derecha, pero mi mano y la barandilla no se encontraban en el mismo plano. A mi mano del mundo real le era imposible apoyarse en un objeto que solo mis ojos veían, un objeto que no estaba en este otro lado de la realidad. La disruptiva sensación acabó de colapsarme, no

caí al suelo —al suelo real en la habitación de mi amigo— porque precipitado volví a cerrar los ojos. Mi amigo se anticipó y pasó a la siguiente escena. Sentí mi corazón desbocado en lo más profundo de mis tímpanos. Lo demás no es digno de remarcar.

Ha pasado una semana y todavía recuerdo el vacío. La inmensidad. El miedo. Aún no consigo creermelo que algo irreal produzca un miedo tan real. Me gustaría creer que, de repetir la experiencia, no pasaré miedo, pero me engaño. Lo irreal, bien maquillado y aderezado, es tan pavoroso como lo real. Tengo que repetir.

EVÉNTRIDOS

10-enero-2020

[Club Escritura Barcelona](#)

Aprendiendo de los clásicos

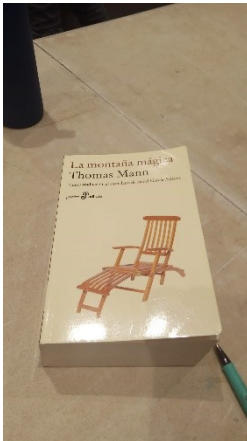
«La montaña mágica »
de
Thomas Mann

Organizadores y ponentes:

Toni Duque

Laura Pi

Juan Carlos Calderón Castillo



14-enero-2020

Verónica Bolaños

Los invito a leer mi cuento:
«Vientecillo».

Publicado por [El espectador](#).



18-enero-2020



«La logia de las
candelas»
Organiza: Concha García

Lectura poética a la que
asistió
Rosa Reis
&
Verónica Bolaños

AGENDA CULTURAL
COL-LOQUI PROSA I POESIA
DISSABTE 18 DE GENER A les 17.30 h A càrrec de Concha García, es- criptora i poeta Organitza La logia de las candelas
Trobada en què es recitaran escrits en forma de prosa i po- esia de collita pròpia o d'altres autors, seguits d'un debat obert entre els assistents. En aquest- ta ocasió, l'escriptora i poeta Concha García presentarà tam- bé textos seus així com sugger- iments per als que es presenten.



22-enero-2020

Concurso internacional de microrrelatos

Libripedia III

Finalistas:
Verónica Bolaños



3-febrero-2020

Publicación en periódico digital:

InfoNorteDigial.com

Microrrelato:
«Fuego y luna»

Autora:
Verónica Bolaño



4-febrero-2020

Periódico *El espectador*

Relato:
«Fenómeno atmosférico»

En la [esquina delirante](#)

Autora:
Rosa Reis



6-febrero-2020

Periódico digital de Canarias:
InfoNorteDigital.com.

Publicación de microrrelato:
«Paraguas»
de
Rosa Reis



7-febrero-2020

Reseña del libro: «Palo de Guayaba»

En periódico digital de Canarias:
InfoNorteDigital.com

Autora:
Verónica Bolaños

Editorial Círculo Rojo es el sello referente en España para los autores que quieren ser publicados en obra. Después de más de diez años de experiencia en el sector y estar de continuo en su evolución, la editorial se ha situado como uno de los mejores options para aquellos que quieren cumplir el sueño de tener su libro editado.

La profesora del pueblo entrará a unas guacamayas para que enseñen el abecedario a una niña muada, un padre castiga a su hija durante cinco minutos, la esposa se divorcia un hombre, una nota se alarga en un aljibe, un olor nasa cobrando invado el pueblo, y así cura la relación con el demonio, cuando llueve, dos hembras deciden para asomarse por la ventana. Lidia tiene alucinaciones como guayabas con gusano, un espejo siente dolor y miedo cuando Lidia golpea al marro que lo sostiene, todos se escapan del comentario, la muerte le resalta abundar, una mujer con sesenta y cinco años juega con muñecas, un cadáver que no se desconecta deponidamente la faria de los habitantes del pueblo.

Los quince relatos breves que conforman este libro destacan una identidad cultural al expresarla en las prolijas, dichas y reventones que condensan los ideas del medio social y cultural característico de un pueblo del Caribe. La amoliza de cada uno de los relatos está controlada a partir de elementos tomados de la realidad, de la imaginación y de la memoria. La estructura del libro permite leer su composición, ya sea desde una perspectiva de los relatos como un todo o cada uno de forma independiente.

El tratamiento que la autora hace de los personajes a medida que se muestran en las distintas circunstancias de sus vidas, narrados fragmentariamente en un linealidad temporal, alcanza un reflejando su hondura humana. Dicho tratamiento, junto con los ejes temáticos que atraviesan los relatos, otorga al libro un carácter universal. La vida llevada en estos cuentos tiene la medida perfecta entre intensidad, significación y tensión, no comendada por Julio Cortázar.

María Clara González De Utrera
Ejército, enero de 2020

Verónica Bolaños nació en Cartagena de Indias, Colombia el 27 de abril de 1975. Desde hace más de veinte años, reside en el barrio El Polvorero, Brevintosa. Estudió en la Escuela de Escritores de la Federación Nacional de Escritores de Colombia (FENECOL) y en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá.

Ganó el primer premio del 2º Concurso de relatos FENECOL Premios de género Cataleña - Premio del género Cataleña con el relato El girasol que sobrevivió a las plagas aliro.

Sus microrrelatos, Muecas, Raquias y El drama del momento, han sido publicados en la sección de Cultura de la revista delirante, del periódico El meridiano (Bogotá, Colombia).

Su cuento, Manóglabro enojado, ha sido publicado en el Boletín letraheridos abril 2019.

Su primera novela fue seleccionada en el V Concurso de Novela Viena 2016 (Caracas) y forma parte de la antología que lleva el mismo nombre. También participó como el microrrelato Huelga de gracia, en el anteblogo, Susurros y Sordidos VI.

El recuerdo de una infancia feliz en el pueblo de sus abuelos (Tunja) rodeado de jamaica y árboles medicinales, ha sido el motor más cercano de estos cuentos. Desde esa memoria comienza el mundo de guayaba.

«Los libros son los espejos del alma»
(Virginia Woolf)

@editorialcirculo rojo
www.editorialcirculo rojo.com

15-febrero-2020

Lola Padillo nos trae al
dibujante y guionista: Alfonso López

Autor de la Novela Gráfica:
«El solar»
[Ediciones La Cúpula](#)



16-febrero-2020

Podcast: «[Punto de libro #01](#)»

Editor e idea original:
Juan Carlos Calderón Castillo

Intervienen:
Juan Pablo Fuentes
S. Bonavida Ponce

iVVOOX



Por Punto de libro > Punto de libro

Punto de libro 01, 16/02/2020

📁 16/02/2020

Arte y literatura

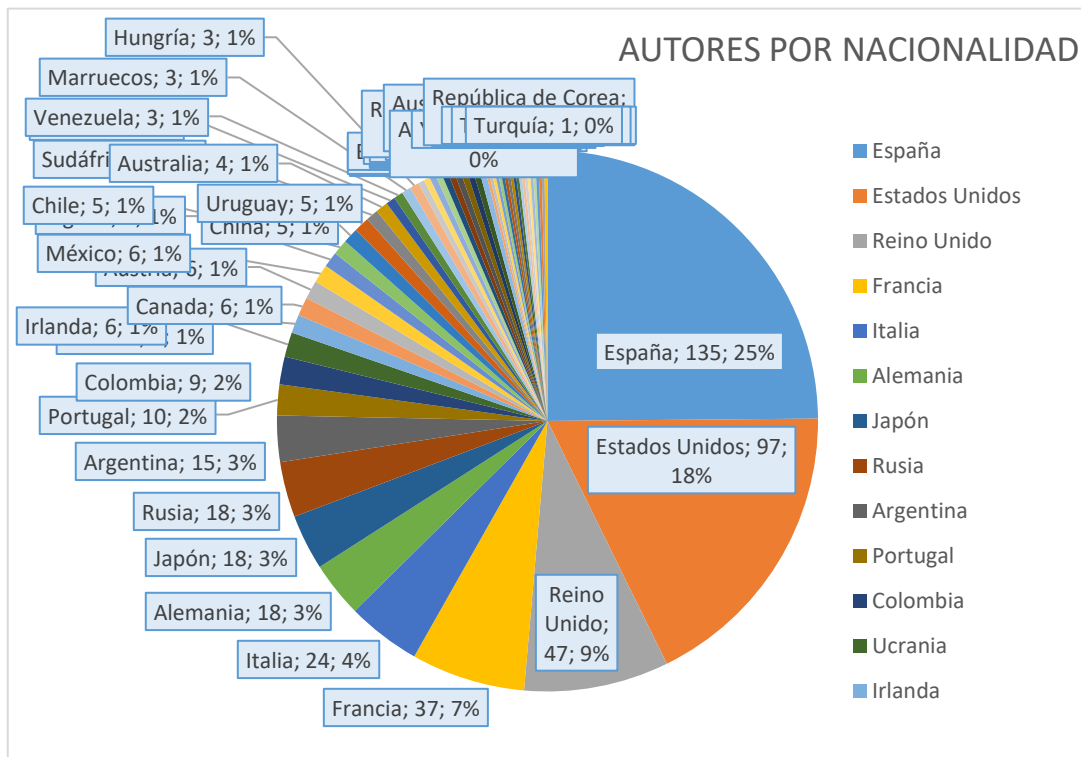
REPRODUCIR | SUSCRIBIRSE |

📄 Descargar | 🔗 Compartir | 👍 Me gusta | ☰ Más

**ESTADÍSTICAS
DE LAS
LECTURAS**

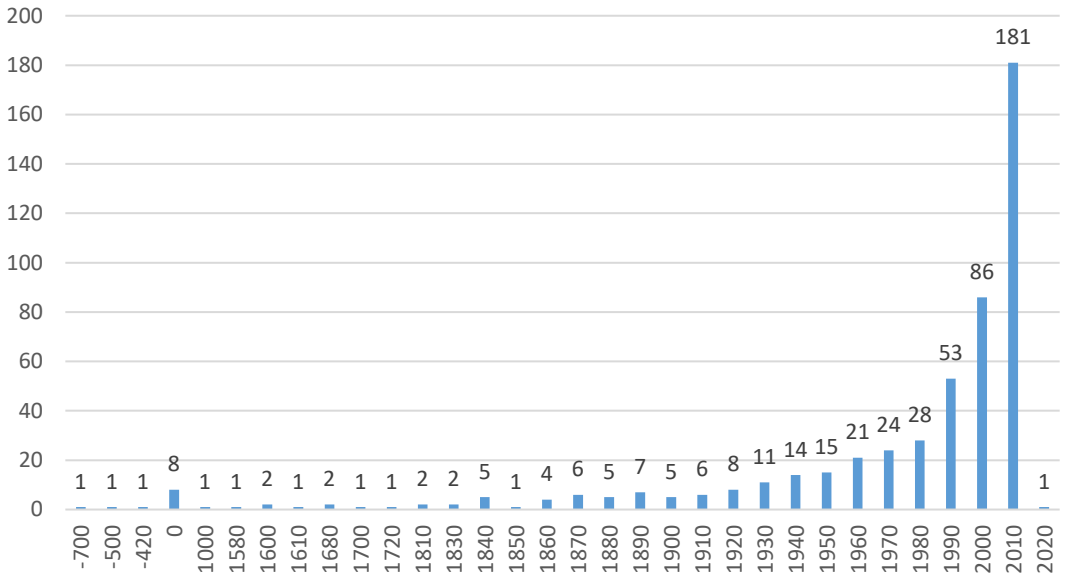
Rango de datos
13-10-2018 a 29-02-2020

Autores por nacionalidad



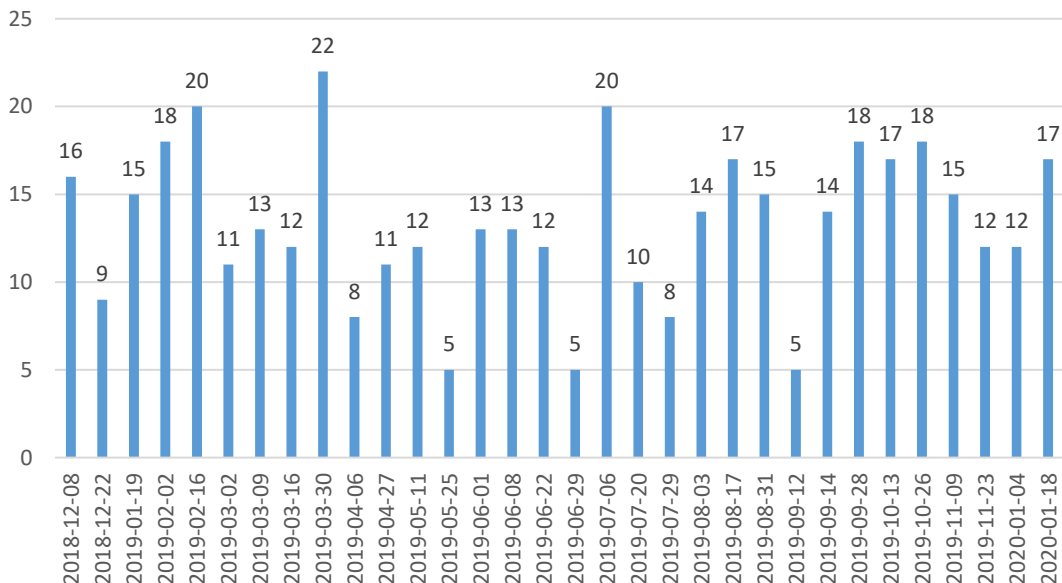
Libros recomendados por década

LIBROS POR DÉCADA DE PUBLICACIÓN



Recomendaciones por sesión

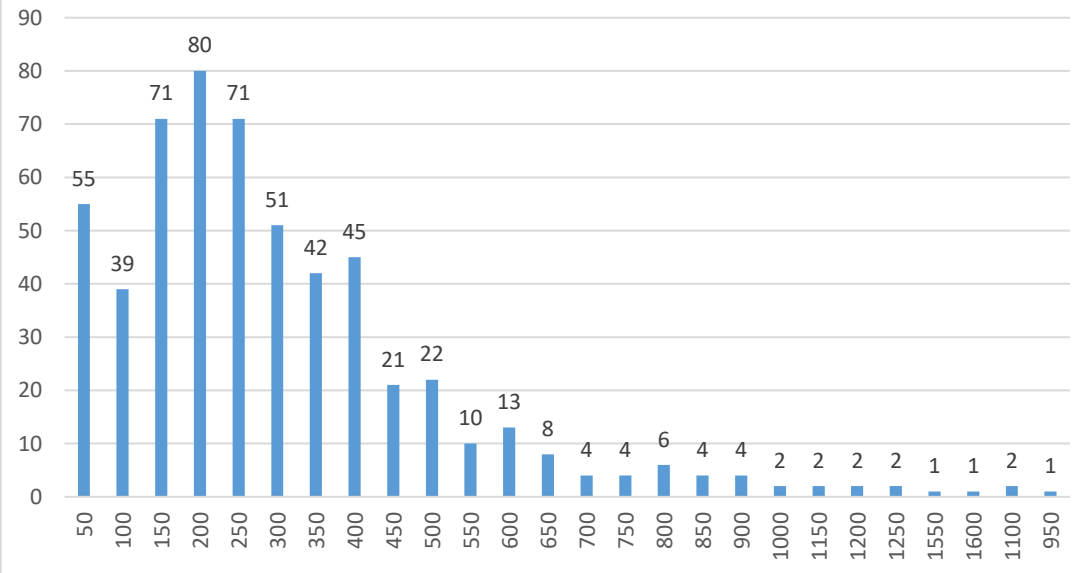
RECOMENDACIONES POR SESIÓN



Cantidad libros según sus páginas

Promedio total páginas: **319**

CANTIDAD DE LIBROS SEGÚN PÁGINAS
(agrupados de 50 en 50 páginas)



Colofón estadístico (no ficción)

Durante algunos años trabajé en un departamento de *Business Intelligence*. Allí, me enamoré de las estadísticas, sobre todo de la numerología asociada y de los resultados cuantitativos que se extraían de ella. Me resulta fascinante dicha disciplina, por su precisión para conocer mejor nuestro entorno, lejos de falsas creencias o argumentos imprecisos. Ese conocimiento numérico, al menos para mí, me resulta indispensable para conocer mi realidad más inmediata.

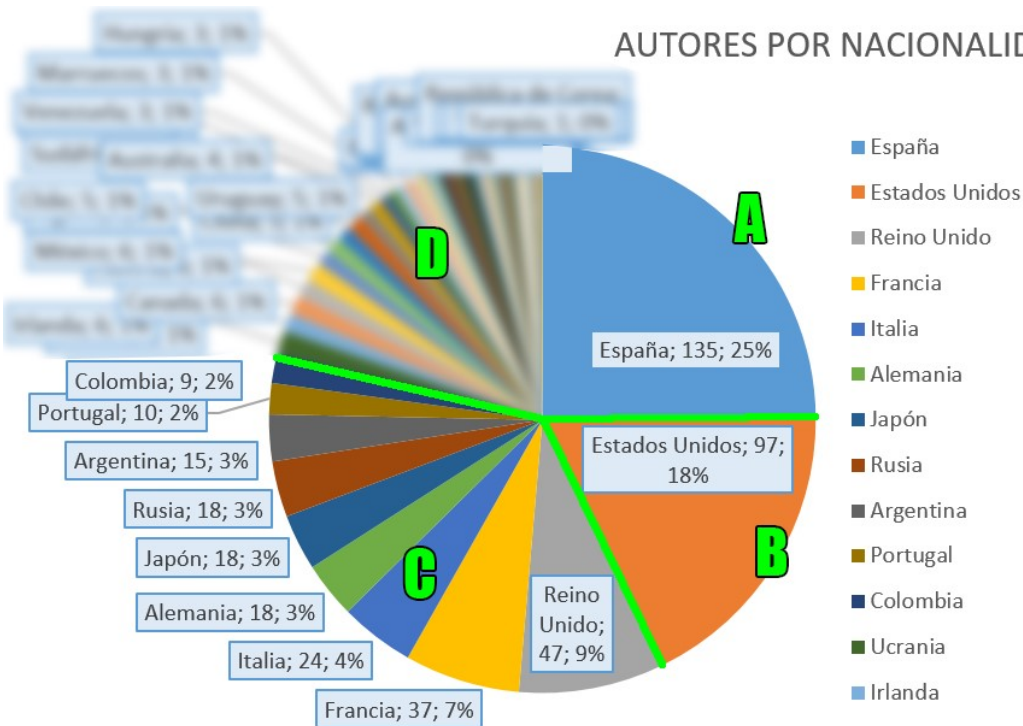
Para acabar esta breve presentación, la acompaño con un aforismo que se repetía en los distintos departamentos informáticos en los que trabajé: «lo que no es medible, no es mejorable». Ciertamente.

S. Bonavida Ponce

En esta primera entrada, que espero sea una de tantas, reflexiono sobre las estadísticas de nuestro grupo de lectura. Por ello y, para empezar, me centraré en la primera gráfica:

«Autores por nacionalidad».

AUTORES POR NACIONALIDAD



De esta gráfica podemos extraer 4 secciones bien identificadas:

[A]: El país predominante. España.	135 libros 25% de la muestra.
[B]: El segundo. Estados Unidos.	97 libros 18% de la muestra.
[C]: Los terceros. Europa+Asia+Sudamérica	196 libros 36% de la muestra.
[D]: El resto.	21% de la muestra.

Sobre la sección [A].

Estando el grupo de lectura afincado en la ciudad de Barcelona, resultaría normal afirmar que los autores más leídos sean españoles, intuición que afirma la estadística, pues: el **25%** de autores españoles representa la cuarta parte del total de la gráfica y es muy significativa.

El número es un hecho, pero intuyo, según la tendencia y el crecimiento del grupo, que esa tendencia podría variar, sobre todo inclinada en favor de la sección más próxima (sección [B] Estados Unidos).

Dejo anotado que la falta de más datos me imposibilita comprar si esto es así en otros lugares, en este caso concreto, me gustaría que existieran grupos de lectura con *modus operandi* similar al nuestro en otros países —no el tradicional club de lectura donde todo el mundo lee el mismo libro—, sino un grupo *letraherido* donde cada cuál recomendase su propia lectura; así, extrapolaría, si el patrón de cercanía se mantiene. Es decir, si cada lector afincado en un país recomienda lecturas de autores de su propio país o, si por el contrario, es un hecho aleatorio.

Aunque no lo creo.

Resulta lógico pensar —al igual que nos muestra el número en la estadística— que la afinidad lectora va asociada en concordancia a este hecho.

Así que, al menos, los letraheridos de nuestro grupo leemos más a nuestros conciudadanos.

Sobre la sección [B].

Basándome en los prejuicios —sustentados por los números, obviamente— me encuentro con el prominente país que teje su inmensa telaraña en todos lugares y escenarios. Me refiero al omnipresente Estados Unidos y su segunda posición, con una aparición del **18%**.

Porque escribo prejuicios, por el simple hecho de que a pesar de la lejanía física, cabe pensar que la invasiva publicidad aupara lo Estadounidense. Lejos esta última afirmación de ser una creencia, los números de nuestro grupo son indiscutibles. A pesar de lo lejano del país en cuestión, Estados Unidos se posiciona en segundo lugar con autores más leídos.

Incluso —y esto es una suposición analítica mía — es posible que supere en algunos meses al país anfitrión y se posicione en la sección [A].

Se verá.

Sobre la sección [C].

Esta sección agrupa países que, por separado, no alcanzan suficiente volumen para entrar en la categoría [A] ni [B], pero que, sumados, mantienen una preponderancia sobre la sección [A] y [B] con un **36%** de autores leídos.

Si desgrano los datos extraigo más información relevante:

Reino Unido. Europa.	47 libros. 9%*
Francia. Europa.	37 libros. 7%
Italia. Europa.	24 libros. 4%
Alemania. Europa.	18 libros. 3%
Japón. Asia.	18 libros. 3%
Rusia. Asia.	18 libros. 3%
Argentina. Sudamérica.	15 libros. 3%
Portugal. Europa.	10 libros. 2%
Colombia. Sudamérica.	9 libros. 2%

*Al no haber decimales en los porcentajes, no debe extrañar que una cantidad de 18 libros y una cantidad de 15 signifique el mismo porcentaje del 3% (por simplicidad redondeo hacia arriba).

Esta tabla nos proporciona que:

Europa [Reino Unido+Francia+Italia+Alemania+Portugal] obtiene un **25%**.

Asia [Rusia+Japón] un **6%**.

Y Sudamérica [Argentina+Colombia] un **5%**.

Así, el conglomerado de vecinos europeos se posiciona en volumen a la par que la sección [A] (España).

Resulta normal, al igual que había desgranado en la sección [A] que, resulta evidente, existe una cierta cercanía de los lectores del grupo respecto a vecinos europeos.

De nuevo, los números no engañan —o al menos, y por lo pronto, no muestran lo contrario—, e indican que la cercanía geográfica y cultural nos induce a leer más sobre autores próximos a nuestro país.

Sección [D]:

Sobre la sección [D] de momento, y como decimos por aquí, es un *cul de sac* —cajón de sastre—. Un agujero negro en el que aún no quiero introducirme, al menos por el momento. Aunque ciertamente posee anécdotas muy variadas que, espero, algún día traeré.

Resumen:

Es un hecho —según los números presentados— que la cercanía geográfica y cultural importa a la hora de reportar recomendaciones lectoras.

Es una posibilidad que, quizá, con el paso del tiempo, la predominante posición transmedia de la sección [B] (Estados Unidos) aumente.

También es una posibilidad que, si los lectores leen en base a afinaciones culturales, la inclusión de nuevos lectores, provenientes de otros países, eleven autores de otras secciones.

Las personas pueden engañar, los números no.
Ga/\sianos saludos, estimados.



LETRINUARÁ...